

El reinado terrorífico de la inquisición y confiscación que pocos años antes pesaba tan cruelmente por medio de los tribunales civiles sobre una gran parte de la nación se extendió entonces á toda persona que poseía algo. De todos cuantos vivían entonces, ninguno olvidó jamás lo que vio en aquel tiempo. El duque de Saint Simon dice en sus memorias al hablar de esta época de engaño general, que se llegó al extremo de no poder las fábricas dar bastante papel, no obstante que estaban trabajando noche y día: «Cuesta trabajo creer lo que uno ha visto con sus propios ojos, y la posteridad tomará por fábula lo que á nosotros mismos nos parece haber sido un sueño.» Luego dice sobre el reinado del terror empleado para la caza del numerario: «Desde que la compañía de ambas Indias estuvo autorizada para registrar todas las casas, incluso la morada del rey, y llevarse todos los luses de oro y escudos de plata que encontrara, fué forzoso llevar al banco lo que cada uno poseía, so pena de verse delatado por un criado ó criada, pues los delatores recibían una tercera parte del botín como gratificación. Jamás se había hecho tan brutal abuso del poder soberano, ni jamás había intervenido el gobierno tanto en las necesidades materiales mas delicadas é ineludibles de los súbditos. Por esto puede considerarse como uno de los grandes milagros del cielo, que disposiciones tan inauditas no hayan provocado revoluciones tan radicales como sensibles; y mas que esto, que ni siquiera se hablara ni se pensara en sublevarse y solo se oyeran los lamentos y gemidos de tantos millones de seres humanos ó completamente arruinados ó muertos de hambre y de miseria.»

Con semejantes medios fué posible juntar 44 millones en oro y plata en el banco; pero estos millones robados solo restituían al banco real lo que el duque de Borbon y el príncipe de Conti habían sacado con sus ganancias desde principios de marzo y puesto á buen recaudo, á saber, el primero 25 millones y el segundo 14 (1). En la calle de Quincampoix corrió la sangre; el pueblo mataba á sus sanguijuelas hasta que la tropa con bayoneta calada impidió el tránsito por ella en 22 de marzo. Un asesino, el conde de Horn, fué enroddado; la policía cerró la bolsa del papel, pero todas estas medidas no detuvieron ni impidieron el derrumbamiento del sistema de Law. En 22 de mayo declaróse oficialmente el gobierno en quiebra por un decreto fechado el día anterior que rebajaba gradualmente el valor de las acciones y billetes, es decir, que despojó estos papeles de un golpe de su valor ficticio (2). Un grito de rabia, de furor y de indignación resonó por toda la Francia. Las esquinas de las calles de Paris se cubrieron de carteles que excitaban á la población á matar á Law y al regente; en el patio interior del parlamento, segun escribe Buvat en su diario con fecha de 27 de mayo, leíanse otros que decían que los directores del banco habían sido convencidos de bancarota fraudulenta, y condenados á morir por mano del verdugo. En vista de todo esto revocó el rey por un edicto al día siguiente, 28 de mayo, la resolución del consejo de Estado del 21 del mismo mes; pero la bancarota no podía revocarse; el estrépito de la baja del papel moneda la hizo inevitable, y el pánico siempre creciente inutilizó todas las medidas de salvación que ideó el gobierno. Law, sitiado en su palacio, retrocedió por fin ante el pueblo enfurecido, y dimitió como ministro de hacienda, siendo confirmado en su calidad de director del banco y de la compañía de Indias en vista del brillante balance de esta última, cerrado en 3 de julio, que justificaba

(1) Véase Buvat, tomo 2.º págs. 43 y 44.

(2) En la obra de Jobez, tomo II, 554, se encuentra un extracto de este decreto.

el buen método de su dirección. Así siguió Law luchando seis meses mas contra su estrella, pero lo que hizo en este período fueron actos de demolición de su propia obra, autos de fe de las masas de papel creado por él mismo. En julio el banco suspendió el cambio de los billetes de 10 francos por metálico, y el pueblo presintiendo que pronto cesarian del todo los pagos en dinero, penetró violentamente en las oficinas é hizo añicos el carruaje de Law que encontró en el patio del *Palais royal*. En 15 de agosto fué preciso anular el curso forzoso de los billetes de 1,000 y de 10,000 francos, con la declaración de que á contar desde 1.º de mayo del año 1721 no serían ya admitidos en pago de los impuestos, con lo cual su propio autor dió el golpe de gracia al sistema del papel moneda. En seguida bajaron los billetes un 90 por ciento, de suerte que fué preciso sacarlos de la circulación desde el 10 de octubre hasta el 1.º de noviembre, habiéndose descubierto el hecho de que el banco había emitido por 3,071 millones de billetes, en lugar de los 2,138 millones para que le había autorizado el consejo de Estado, cuya intervención era segun los estatutos indispensable; el resto ó sean 933 millones lo había hecho fabricar el regente por sí y ante sí, y lo había derrochado á su manera. El banco real había fenecido; la compañía de ambas Indias siguió luchando; sus acciones bajaron á 200 francos y finalmente pudieron adquirirse por un luis (3). En diciembre de 1720 todo estaba concluido.

Cuando Law salió de Paris en 14 de diciembre y poco despues de Francia, dejó el país mas pobre, mas miserable y mas desgraciado que nunca. En dos provincias grandes hacia estragos la peste; en toda la monarquía reinaba una carestía jamás vista de comestibles y mercancías de toda clase; el metálico había desaparecido y en su lugar inundaba una mar de papeles sin valor todos los mercados; millares de familias estaban reducidas á la mendicidad; la administración era un caos; el gobierno objeto de odio y de horror para todo el mundo; todo lo que en un país debe estar firme se hallaba en ruinas, y todo lo que forma los lazos de la sociedad estaba destrozado y disuelto.

VI.—EL DESPERTAR DE LA OPINION PÚBLICA Y EL FIN DE LA REGENCIA

El vértigo de la especulación con las acciones había desencadenado súbitamente en 1719 todas las pasiones egoístas en Francia. Si al ocurrir la catástrofe hubiera seguido á este vértigo la contra-corriente de la venganza popular, el ataque abierto del espíritu de oposición, antes encadenado, contra las leyes y el gobierno, ¿quién hubiera podido quejarse de aquella Nemesi vengadora, ni quién hubiera querido proteger y garantizar al gobierno contra las iras populares? Sin embargo no sobrevinieron tales consecuencias, y esto fué lo que pareció al duque de Saint Simon el enigma mas grande de aquella época incomprendible.

Es evidente que semejantes sucesos no pasaron sin impresionar el ánimo popular, como no pasaron sin dejar honda huella en la riqueza nacional, aunque el efecto en el primero no se hiciera tan visible como en la segunda. Hubo mas: las tempestades de 1719 y 1720 sirvieron por de pronto para engendrar y dar conciencia propia á la opinion pública en Paris, para que primero abandonara las contiendas dogmáticas á los teólogos, despues se fijara con ahinco en los asuntos mundanos y por último se atreviera á formular sobre ellos su propio dictamen, diferente del de los gobernantes mas de lo que á estos conviniera. No llegaba todavía á investigar

(3) Véase H. MARTIN, *Histoire de France*, tomo XV, págs. 66 y 67.

el origen de las sociedades y de las naciones, ni los derechos del hombre y de los pueblos; el naciente espíritu público no fué obra de los partidos políticos ni procedió bajo su dirección; todavía jugueteaba donde nos parece que hubiera debido presentarse grave y amenazador; no se atrevía todavía á manifestar de un modo violento sentimientos profundos, ni se hizo sentir entonces donde despues se presentó mas irresistible, es decir, en la gran masa del pueblo donde por lo pronto no penetró sino superficialmente, pero preparó y maduró un resultado importante y trascendental, aquel que entonces menos se preveía.

Un sistema político puede tener por enemigos partidos é intereses poderosos, opiniones inveteradas y generales; puede suscitar contra sí pasiones profundísimas, y sin embargo presentarse en la lucha con la cabeza erguida, sin curarse del número de sus defensores ni de sus adversarios, cuando tiene la conciencia tranquila y el sentimiento del derecho de su existencia, en una palabra cuando tiene fe en sí mismo; pero todo esto faltaba á la regencia del duque de Orleans, que tocante á conciencia, jamás la había tenido limpia, y que con motivo de la gran bancarota había tenido que confesar además que había perdido el derecho á la confianza pública, tan indispensables para el sostenimiento y prestigio de cualquier gobierno. De las manifestaciones mas inocentes de la opinion pública desprendiase que el regente había perdido en absoluto la confianza nacional, y que hasta en las masas prevalecía este mismo sentimiento; pero algo peor que esto hubo de saber por un libro, manifestación de una literatura nueva, aunque todavía naciente, y es que la desercion de las conciencias cundía en los mismos círculos unidos á su sistema, entre aquellos que con él vivían y con él habían de sucumbir, entre los mismos representantes del poder. Jamás habría sido posible el inmenso y espantoso derrumbamiento de 1789 si los defensores mas naturales del antiguo régimen no le hubiesen abandonado, y si los propios órganos del sistema monárquico no le hubiesen hecho traición y hasta directamente entregado á sus adversarios. Esta anemia y esta parálisis de los elementos monárquicos en Francia no fué mas que el final de una larga enfermedad que paso á paso había ido destruyendo entre los gobernantes y en general en toda la sociedad dominante, la fe en la monarquía. La gran revolucion de 1789 fué el fin de la enfermedad, y la bancarota de la regencia su principio (1).

Trabajaba en la biblioteca real de Paris desde el año 1697 un pobre escribiente llamado Juan Buvat, hijo de Chalons en la Champaña, donde nació en el año 1660, y que empezó á los 55 años á tomar apuntes diarios de lo que en Paris ocurría. Desde el 15 de agosto de 1715 hasta el 2 de diciembre de 1723, día en que murió el duque de Orleans, apuntó Buvat con una laboriosidad incansable y una puntualidad y exactitud minuciosísimas, día por día, lo que en las plazas y calles de Paris se contaba y se sabía de lo que sucedía en la corte, en el parlamento, en el seno del clero y de la nobleza. Este su diario es el *Journal de la Régence*, que ha resultado una preciosísima fuente para la historia de aquella época. Era Buvat hombre sencillo, pero de una instrucción y talento muy superiores á lo que exigía el empleo humildísimo que le daba un sueldo de 600 libras y le obligaba á una vida muy reducida y llena de privaciones, sin que esto hubiese amargado su carácter, cosa solo posible para indoles de una bondad á toda prueba. No era hombre de imaginación poética, ni un talento literario, pero era en cambio perfectamente

(1) Ya se habían visto los primeros síntomas bajo el despotismo espantoso de Luis XIV, cuya muerte fué acogida con júbilo por toda la nación. (N. del T.)

imparcial, ajeno á todo partido y bien diferente en esto del aristocrático duque de Saint Simon como del abogado Barbier, partidario del parlamento. Era simplemente un registrador de noticias, dotado de suficiente criterio para no pasar por alto cosas de algun interés, y prescindir de vanas habladurías, sin dar falso colorido á las cosas ni desfigurarlas, animado en todos sus juicios sobre cosas y personas de la lealtad sencilla del hombre honrado del pueblo, para el cual la tranquilidad pública y el orden cimentados en la obediencia y el respeto á la autoridad son la primera condicion de una sociedad ordenada y formal (2).

Este observador llevó una contabilidad exacta de la opinion pública de su tiempo; tomó nota de todos los folletos teológicos y políticos que destinados al público francés se publicaron en Alemania y Holanda; recogió todas las hojas volantes que inundaban á Paris con cancionillas de poetas anónimos que divertían á la población siempre chistosa y siempre alegre á pesar de todas las miserias. El principio de la coleccion contiene las célebres canciones de *J'ai vu...* que son la invectiva patética de un jansenista contra la tiranía jesuítica del difunto Luis XIV (3), y forman el final las dos últimas de las cinco furibundas filípicas de Lagrange contra el regente. Entre aquellas y estas hay un ramillete de sátiras sobre la política financiera, dirigidas particularmente contra Law y su sistema.

En los mismos dias del mes de setiembre del año 1719 cuando Law echó al mercado sus mil quinientos millones de acciones, levantó un Jeremías anónimo su voz para lamentar el infortunio de la Francia á quien el gran mágico impulsaba «al hospital» ó sea á la miseria. Otro profeta anónimo vió venir el día en que «muchos que á la sazón, poseídos de esperanzas halagüeñas, compraban acciones de la compañía, se contentarían con poder tener la suerte de emigrar de Francia al Mississippi.» Luego viene una caricatura: «El verdadero retrato del ilustre y famoso señor Quincampoix» que conjura y evoca al viejo Diógenes que con su linterna busca hombres y cae en sus excursiones en la casa de orates de Quincampoix. Allí ve sobre un fuego una gran caldera, en la cual un diablo cuece billetes del gobierno, monedas, primas del Oeste y del Sur. «Papeles mas falsos que el Talmud.» Un necio está arrojando al caldero su oro y la plata de sus prójimos, y en cambio salen del hervidero papeles nuevos, magníficos billetes de banco, la mercancía tan suspirada. Junto á la caldera está la Vanidad ambiciosa que lleva por divisa á Icaro, la verdadera imagen del especulador con las alas quemadas. Detrás de la Vanidad está la Envidia, el monstruo que con sus negros dientes muerde la cabeza de la serpiente. La Desesperacion armada de puñal y de antorcha aguarda el momento en que el primer necio habrá derretido y disuelto todo su dinero. A caballo sobre un cerdo se ve á un hombre desnudo que grita: «¡Ay de mí! todo está perdido, héme

(2) Consúltense: CAMPARDON en su introducción á la edicion del *Journal de la Régence*. Paris 1865; y AUBERTIN, *Esprit public du XVII siècle*.

(3) Véanse los versos mas característicos:

..... J'ai vu la prélature
Se vendre et devenir la victime de l'imposture.
J'ai vu les dignités en proie aux ignorants,
J'ai vu des gens de rien tenir les premiers rangs.
J'ai vu de saints prélats devenir la victime
Du feu divin qui les anime.
..... J'ai vu l'hypocrite honoré;
J'ai vu, c'est tout dire, le jésuite adoré.
J'ai vu ces maux sous le règne funeste
D'un prince que jadis la colere céleste
Accorda par vengeance à nos desirs ardents,
J'ai vu ces maux et je n'ai pas vingt ans.

aquí otra vez metido en mi propio estiércol.» Un sátiro con horrible faz maldice las acciones que se parecen á alacranes con colas venenosas. El sabio Diógenes indignado dice á los concurrentes á la bolsa: «Teneis lo que mereceis, un asno tiene mas caletre que vosotros; buscais una corona de plumas de pavo real donde solo se producen cardos; os la concede la sandez, y vosotros con semejante ambicion introducis el hambre en nuestras casas. Ya podeis arrojar por la ventana vuestro ajuar de cocina, y tras él os deberian matar á garrotazos; para encontrar hombres tengo que hacer un rodeo de muchas leguas á fin de no dar con vosotros.»

Cuando Law hizo su conversion solemne al catolicismo, su catequizador el abate Tencin oyó mas de una felicitacion maliciosa. Un «comandante de bonetes» anónimo le nombró apóstol y convertidor en jefe, primado de la Luisiana, y le designó por renta el diezmo de las nieblas y nubes de aquel país.

Los chistes y bufonadas del pueblo acompañaban á la fiebre de la especulacion por todas partes. En marzo de 1720 salió una cancion en la cual se dice á los amantes: «Dejad vuestros juramentos, vuestras caricias; en amor no queremos palabras, sino acciones y billetes del banco. El templo del verdadero amor está ahora en la calle de Quincampoix, y las gracias alargan el cuello para recoger primas.» Otra cancioncilla sobre la tonada de «Despierta, hermosa dormida,» decia que Law debería haber aguardado á convertirse hasta el día en que le ahorcaran para imitar al buen ladrón; y que desde que el celo seráfico de Tencin habia convertido al escocés Law al catolicismo, se habia vuelto la Francia capuchino, es decir, fraile mendicante.

Cuando se publicó el edicto terrorífico del 21 de mayo, oyéronse voces que no se habian oido todavía; entonces los gritos de furor sofocaron las chanzas. Se llamó al pueblo á la matanza de sus enemigos; en las esquinas de las calles se encontraron avisos como este: «Se hace saber que el sábado ó domingo próximo habrá otra noche de San Bartolomé, si hasta entonces las cosas no cambian. Dios os preserve del incendio. Advertid á vuestros vecinos.»—Las canciones y coplillas respiraban entonces sangre; una de aquellas decia: «¡Miserable cáfila de súbditos, horda plebeya sin seso! ¿qué te falta todavía para ser mas desgraciada de lo que eres? Dí, patan estúpido, ¿qué esperas de un ministro cargado de maldiciones? ¡Oh! tú, francés cobarde y ciego de nacimiento, que te has dejado arrebatarse esposa, hijos y amigos, ¿pueden aun aumentar tu deshonor é infortunio? No ya para tu salvacion, sino ahora tan solo para la fama mia, espero poder celebrar una triste victoria. Juro que mataré á Law y al regente.» Estos y otros desahogos de la pasion sobreexcitada no los admitió el bravo y honrado Buvat en su diario (1); lo mas fuerte que juzgó prudente conservar en el verano de 1720, es una parodia del último acto de la tragedia *Mitridates* de Racine. En ella aparece el regente como Mitridates moribundo en presencia de Law y del duque de Borbon, y lo que el Mitridates dice á los romanos como sus enemigos naturales en la obra de Racine, lo dice el regente en la parodia á los franceses como enemigo mortal de la Francia: «He hecho á la Francia miserable del mejor modo y hasta donde he podido; solo la muerte ha podido interrumpirme en mi tarea. Enemigo de los franceses y de su riqueza, les he quitado sus leyes, he arruinado su hacienda y puedo decir con orgullo que entre todos los nombres de triste recuerdo, cuyo odioso retrato ha trazado Mezerai, no hay ninguno que haya hecho mas mal á la Francia, que

(1) Se encuentran en la obra de JOBEZ, tomo II, que los copió de la coleccion *Chansons historiques* que está en la biblioteca nacional.

haya cubierto su nombre de mas ignominia y llenado su historia de mas dias aciagos que yo.» Luego al morir se despide del duque y de Law con las palabras: «El papel está establecido, los franceses están arruinados; mas no necesitan mis cenizas para su gloria; idos y llevaos vuestro oro.»

Estos y otros escritos encontró el regente pegados á la misma puerta de su cuarto; y habiendo dicho una noche á uno de sus *roués*: «Daría 100,000 escudos por saber quién hace esto,» encontró á la mañana siguiente escrito en la misma puerta dos renglones que decian: «Mucho prometes, regente, pero ¿cómo entiendes pagar, en oro ó en papel?» Sospechóse que el abate septuagenario De Villiers fuese el autor de aquellas líneas, y un señor Du Vergier caballero de la orden de San Luis el de la parodia. Ambos fueron alevosamente asesinados una noche del mes de agosto.

De las hojas publicadas por la prensa de Paris; de los folletos que para no ser destruidos al nacer, se imprimieron fuera de Francia; y de los que pasaban por haber sido impresos en Holanda, cita Buvat en octubre de 1720 los siguientes: 1.º Tratado de la piedra filosofal, por el señor Law, que dedica esta obra al señor duque de Orleans, regente del reino de Francia; 2.º Medio nuevo de un tutor para arruinar á su pupilo guardando su caudal, por el señor Law, que lo dedica al mismo regente; 3.º Las maravillas de una tierra ignota, por un comediante que dedica la obra al mismo regente; 4.º El arte de convertir á los que no tienen ninguna religion, por el abate De Tencin, que lo dedica al señor Law; 5.º Elogio de la sumision y perseverancia con que los franceses se han dejado saquear por un solo hombre, escrito por el duque de Borbon y dedicado al señor Law; 6.º Camino nuevo para pasar de Bruselas á Paris, obra dedicada al señor Law; 7.º Comprobacion de la legalidad del nacimiento del caballero Sistema, por el hecho de que el marido de su madre y que no era su padre vivia todavía cuando aquel nació, escrita por el abate Terrasson y dedicada al señor Law; 8.º Discurso funerario sobre el Sistema, por el abate Coetlogon, etc.

Hallándose en este estado los ánimos, apareció en 1721 un librito sin nombre de autor y con nombres supuestos del editor y del lugar de la impresion, pero impreso en Holanda, como solia hacerse antes de la revolucion con casi todas las obras importantes y sobresalientes de la literatura francesa para evitar la triple censura de la policia del gobierno, del parlamento y del clero. El título del nuevo libro decia: *Cartas persas*. Era una edicion de bolsillo y fué devorada por el público francés, porque su contenido variadísimo y abundante se presentaba vestido con galas seductoras. El hombre aficionado á goces materiales encontraba en él escenas excitantes de serrallos capaces de reanimar al epicúreo mas estragado; al libre pensador encantaban las agudezas cruelísimas con que los mahometanos en su supuesta correspondencia escarnecian las supersticiones de los cristianos; y para los amigos desengañados como para los enemigos irreconciliables del regente y del sistema hacendista era un verdadero cordial la franqueza con que el autor del libro fustigaba, ya en tono grave y acerbo, ya con bromas no menos acerbas, los crímenes y supercherías de los últimos años. Todos, incluso los que eran blanco de la sátira, estaban admirados y atraídos por la sorprendente semejanza con que estaban retratados en las cartas casi todos los personajes notables que figuraban entonces en los círculos influyentes en Francia. Esta última circunstancia, además de su tendencia, de que luego hablaremos, hace aun hoy este libro altamente interesante.

Figura la obra la correspondencia de dos persas llamados Rica y Usbek que viajan por Francia. En la primera carta

firmada por el primero encuéntrase una descripción por demas típica del rey de Francia, que se completa en la segunda carta cuyo autor se supone es Usbek con otra descripción de Luis XIV. «*El rey de Francia*, dice aquella, es el soberano mas poderoso de Europa. No tiene minas de oro como su vecino el soberano de España, pero es mas rico que este, porque saca sus tesoros de la vanidad de sus súbditos, fuente mas inagotable que todas las minas del mundo. Ha emprendido y sostenido grandísimas guerras sin mas fondos que los que sacaba de la venta de títulos honoríficos; y gracias á los milagros de la petulancia de los hombres pudo pagar sus tropas, fortificar las plazas y armas sus escuadras. Además es un gran mágico, porque extiende su dominio sobre el espíritu de sus súbditos á los que hace pensar lo que él quiere. Cuando hay en su tesoro solo un millon de escudos, y necesita dos, no tiene que hacer mas que decir á sus súbditos que un escudo hace dos, y en seguida se lo creen. Cuando se ve comprometido en una guerra grande y le falta dinero, le basta con decir á sus súbditos que un pedazo de papel es dinero y quedan convencidos. Hasta les hace creer que tocándolos con su mano los cura de todos los males, tan grande es su fuerza y poder sobre los ánimos. Mas no obstante sus fuerzas milagrosas y á pesar de ser el soberano mas poderoso de la cristiandad, no ha podido lograr todavía vencer á todos sus enemigos, porque se dice que mientras guerreaba con sus vecinos, aliados contra él, tenia en su propio reino innumerables adversarios invisibles, que por todas partes le rodeaban; y se asegura que á pesar de haberlos buscado mas de 30 años seguidos y no obstante los esfuerzos incansables de ciertos dervises de su confianza, no ha podido encontrar á uno solo. Los hay en su corte, en su capital, en sus ejércitos y en sus tribunales, y se dice que habrá de morir con el sentimiento de no haberlos encontrado. Sin duda quiere castigarle el cielo por la dureza con que ha tratado á sus enemigos vencidos, y le envia otros enemigos invisibles cuyo espíritu y cuyo destino son mas fuertes que él.» Sobre la persona del rey Luis XIV escribe Usbek (1): «Yo he estudiado su carácter en el cual he encontrado grandísimas contradicciones que no me sé explicar. Tiene por ejemplo un ministro que no cuenta mas de 18 años de edad, y una querida octogenaria; es amante de su religion y no puede ver á los que dicen que se ha de observar rigurosamente; huye del ruido y del bullicio de las ciudades, no siendo nada comunicativo, y sin embargo no se ocupa en otra cosa desde la mañana hasta la noche que en hacer hablar de sí; le gustan las victorias y trofeos, pero un general capaz á la cabeza de sus ejércitos le causa tanto pavor como si lo viesse mandar el ejército enemigo. Acaso no habrá sucedido á nadie como á él, tener mas abundancia de riquezas que ningun otro soberano, y gemir no obstante en una miseria como no la soportaría ningun particular. Le gusta hacer regalos á los que le sirven; pero con la misma liberalidad paga la solicitud, ó mejor dicho la holgazanería de sus cortesanos que las campañas mas penosas de sus generales; á menudo prefiere al individuo que le desnuda cuando se acuesta ó que en la mesa le presenta la servilleta, á otro que le conquista ciudades ó le gana batallas, porque, segun él, no debe limitarse la majestad del soberano en la distribucion de sus mercedes; y así no mira si el individuo á quien colma de bienes es merecedor de ellos, porque cree que eligiéndole él le da *ipso facto* los méritos que necesita; de este modo dió una pension pequeña á un hombre que habia huido del enemigo corriendo dos leguas, y un pingüe puesto de gobernador de provincia á otro que huyó corriendo delante del enemigo cuatro leguas.»

(1) Esta carta se supone escrita en 1713.

Describe Rica luego al Papa como el segundo mágico, todavía mas poderoso que el rey de Francia, porque así como el rey domina sobre las almas de sus súbditos, el Papa domina sobre el alma del rey y esto sin límites, y sobre esto dice: «Tan pronto le hace creer que tres no son mas que uno, como que el pan que come, no es pan, ni el vino vino, y mil otras cosas por el estilo. Para tenerle siempre atento é impedir que pierda la costumbre de la fe, le impone de cuando en cuando por vía de ejercicios ciertos artículos de fe. Así le mandó hace dos años una larga epístola que llamaba «constitucion» (2), y quiso obligar bajo penas severísimas, á este rey y á sus súbditos, á creer todo lo que decia este escrito. Lo logró respecto del príncipe que se sometió al momento á su voluntad, dando el ejemplo á sus súbditos, pero algunos de estos se sublevaron diciendo que nada querian creer de aquella carta. Esta sublevacion que ha llevado la division á la corte, á todo el reino y á las familias, es obra de mujeres. La tal «constitucion» les prohíbe leer un libro del cual todos los cristianos cuentan que les fué enviado del cielo, y es nada menos que su Coran. Las mujeres, indignadas de semejante ultraje hecho á su sexo, ponen contra la constitucion todo en movimiento y han logrado poner de su parte á los hombres que en esta ocasion renuncian á su privilegio. Sin embargo, hay que confesar que el mufti no calcula mal, y por vida del gran Alá no puede menos de estar perfectamente al corriente de los fundamentos de nuestra ley sagrada; porque descendiendo las mujeres de otra creacion inferior á la nuestra, y no habiendo de entrar en la eterna gloria como nosotros, conforme enseñan nuestros profetas, ¿por qué se meten ellas en leer un libro que solo está escrito para enseñar el camino de esta gloria?»

Este es el carácter del gran mágico para los que, obedientes al rey, creen en él; pero es otro cuando se le despoja de la apariencia exterior, y bajo este nuevo aspecto lo presenta Rica en otra carta, donde dice: «El Papa es la cabeza de la cristiandad, y un antiguo ídolo al cual se inciensa por rutina. Antes era muy peligroso para los mismos soberanos; pero ahora ya no le temen. Titúlase heredero de uno de los primeros cristianos á quien llaman San Pedro, y por cierto es herencia que vale la pena, porque posee tesoros incalculables y un gran país al cual gobierna directamente.»

»Los obispos son escribas y legistas que le reconocen por superior. Tienen dos atribuciones muy distintas. Cuando están reunidos hacen artículos de fe como su jefe, pero cuando están solos casi no tienen otra cosa que hacer mas que eximir de la observancia de la ley; porque has de saber que la religion cristiana está cargada de una balumba de ejercicios difícilísimos, y como se ha caído en la cuenta de que es mas fácil tener obispos que eximan de las obligaciones que cumplirlas, se han decidido los franceses en favor del interés general por lo primero; así por ejemplo no hay mas que buscar la dispensa del obispo ó del Papa cuando uno no quiere observar el ramadan, ó eludir las formalidades para contraer matrimonio, ó efectuarlo en circunstancias en donde la ley lo prohíbe, ó faltar á su juramento, etcétera.»

«Así habla un persa, un mahometano, dice el autor de aquel libro á sus lectores en una nota, y hay que perdonarle sus juicios en consideracion á su ignorancia.» A pesar de esta nota, era demasiado trasparente el disfraz por su mismo carácter de ironía ligera enteramente francesa. Estos persas supuestos sabian hacer hablar á los franceses, siempre con franqueza, en todas partes y sobre toda clase de cosas. En todas partes, en la administracion, en la Iglesia, en la

(2) Se refiere á la célebre bula *Unigenitus*.